

EL INDULTO DE NIXON

AL tratar de cerrar el «caso Watergate», el Presidente Ford lo ha abierto de nuevo. Su decreto de indulto es, paradójicamente, el único reconocimiento oficial de la culpabilidad de Nixon: no se indulta a un inocente. Y la mención del delito, o los delitos, es explícita: Nixon recibe una gracia «completa, absoluta y sin condiciones» por «todos los delitos que el citado Richard Nixon ha cometido o habría podido cometer, o en los que hubiese tomado parte, durante el período del 20 de enero de 1969 al 9 de agosto de 1974». La amplitud sorprende igualmente. Cualquier delito que pudiera descubrirse ahora de Nixon, independientemente del de los incluidos con el nombre genérico de Watergate, estaría tocado de esta gracia presidencial: elevando el tema al absurdo, si se encontrase ahora que Nixon había asesinado a alguien, no podría ser declarado culpable. La aberración moral del documento de indulto consiste principalmente en que precisamente la falsedad obtenida por el delito es su propia salvaguarda, al considerar que el delincuente ha sufrido ya la «pena sin precedentes del abandono de la función electiva más alta de los Estados Unidos». Pero, ¿hubiese tenido esa función electiva si las propias elecciones no hubiesen sido falseadas? El núcleo central de la acusación estaba en que Richard M. Nixon había torcido o intentado torcer la voluntad del pueblo de los Estados Unidos, al impedir la campaña de la oposición por medios ilegales y al fortalecer la suya propia por medio de la atribución de fondos igualmente ilícitos, por la venta de cargos y por los favores a ciertas empresas. La restitución de lo así apropiado no parece que sea una «pena sin precedentes», sino la más leve de cualquier delito. Hasta el punto de que si Nixon hubiese sido reconocido culpable por un tribunal de justicia, quién sabe si el partido demócrata hubiera podido impugnar unas elecciones que perdió por estos y otros manejos.

EL otro aspecto de la cuestión moral es el de las otras personas implicadas en los mismos delitos, juzgadas y condenadas unas, en libertad las otras mientras se celebra su juicio. En efecto, parece irracional que si el principal beneficiario del delito queda indemne y graciado, sus cómplices, que actuaron bajo su autoridad suprema doble —en tanto que su jefe, en tanto también que Presidente de los Estados Unidos—, y que estaban cubiertos por esa inmunidad de su superior, resulten castigados. Pero en ellos no se puede aplicar, en cambio, el argumento supremo del decreto de indulto: no son Presidentes de los Estados Unidos y, por tanto, el reconocimiento de su delincuencia no arroja ninguna mancha sobre la historia del país.

GERALD Ford ha sufrido inmediatamente sobre sí mismo las consecuencias de su acto. El afán de no desprestigiar definitivamente a un ex Presidente de los Estados Unidos (por otra parte, suficientemente desprestigiado en la opinión pública, y con un inevitable epígrafe triste y denigrante en las historias a escribir en el futuro) ha venido a desprestigiar a un Presidente en activo, y precisamente al Presidente que debía restaurar la confianza del país en la Casa Blanca. El hombre que al acceder al poder tenía tras de sí al 90 por 100 de los americanos, no tiene ahora más que al 34 por 100; los demás son críticos o se abstienen de opinar. Al día siguiente de firmar el decreto, Ford aparecía en público en la ciudad de Pittsburgh y era recibido con muestras de hostilidad por el público: era la primera vez que le sucedía algo así en el mes de ejercicio de la Presidencia, y probablemente en toda su vida pública. Millares de telegramas de protestas llegan a la Casa Blanca, y la mayor parte de las opiniones se centran en un solo punto: se ha violado el principio de igualdad de todos ante la ley. Más o menos son éstas las palabras que ha pronunciado, al dimitir, el portavoz de la Casa Blanca, mister Horst, que no cree que su conciencia le permita continuar ejerciendo ese cargo después del decreto de indulto y «en ausencia de una decisión semejante con respecto a personas que ocupan una posición inferior en la vida».

PORQUE hay un indulto que no se ha producido aún ni se sabe si se producirá: el de los desertores de Vietnam. La disculpa que ha dado la Casa Blanca por el silencio ante este tema resulta insultante para una parte de la opinión pública: preocupado con el tema de Nixon, el Presidente no ha tenido tiempo de ocuparse del tema de los desertores. Una gran parte de esos desertores no son tales, sino solamente prófugos, que abandonaron el país antes de ser movilizadas. Viven en el extranjero: hay un gran núcleo en Canadá y otro bastante importante en Suecia, donde el gobierno les concedió derecho de asilo (con gran irritación, por cierto, de Nixon. Fue uno de los elementos del contencioso

que dificultó las relaciones entre los dos países), y los hay en otras naciones europeas. Estos refractarios han alegado siempre escrúpulos de conciencia: estimaban la falta de declaración de guerra oficial y su negativa a aceptar que la posición de su país en este asunto fuese justa. En todo el país se formaron centros de ayuda y redes de comunicaciones clandestinas para ayudarles a escapar. En el extranjero reciben ayuda de sus familiares y de las numerosas organizaciones que les apoyan en los Estados Unidos. Otros refractarios y otras personas que les ayudaron están cumpliendo penas de prisión o un servicio militar en condiciones disciplinarias. Indultarles no es tan fácil. Si cuentan con el apoyo y comprensión de parte de la población del país, sobre todo después del cese de la intervención directa de los Estados Unidos en Indochina, otra gran parte de la nación, probablemente una mayoría, pretende que sean castigados; les consideran traidores. No es solamente el número de partidarios del castigo, sino también su peso en la nación. Por ejemplo, el Pentágono —los militares— son hostiles a toda medida de clemencia. Son hostiles las asociaciones de veteranos, la Legión Americana, los movimientos nacionalistas, las viudas y huérfanos de guerra... Ford había pensado y había dicho que estaba en disposición de aplicar medidas de clemencia, pero no una amnistía general. Podría ser el examen minucioso de cada caso por comisiones especia-



El Presidente Ford revisa el documento por el que otorga pleno perdón a su antecesor en el cargo. La decisión de Ford de indultar a Richard Nixon le ha desprestigiado sensiblemente ante la opinión pública.

les de justicia, podría ser la oferta a los jóvenes de cumplir determinados servicios civiles o militares para redimir su culpa. Ahora, las asociaciones de defensa de los refractarios piden que las mismas palabras de gracia «completa, absoluta y sin condiciones» que ha sido aplicada a Nixon se aplique también a los muchachos que están en el extranjero o en las cárceles y los batallones disciplinarios.

NO parece posible que Ford se atreva a aplicarlas, y al no hacerlo así se ve que el sistema de pesas y medidas de la justicia presidencial flaquea. Se inclina hacia un sector, desfavorece a otro. Si en el caso de los desertores de Vietnam teme la opinión pública y las presiones, ¿por qué no lo ha temido igualmente en el caso de Nixon?

ESTO lleva a la pregunta de por qué Ford se ha apresurado a indultar a Nixon con tanta amplitud. La idea de que hubo un pacto previo para que Nixon dimitiese, evitando así mayores desastres morales, a cambio de la amnistía, ha sido desmentida por la Casa Blanca: no hubo pacto, ni la justicia cedió tampoco nunca en sus derechos. Tampoco consultó con nadie: tomó la decisión por sí solo, sin siquiera escuchar a sus más íntimos consejeros, cuya mayoría era contraria al indulto. Una de las historias que corren por Washington es la de que ha actuado «movido por la compasión y la piedad»: se dice que Julia Nixon, la hija del ex Presidente, visitó a Ford y literalmente se postró a sus pies para pedir el indulto de su padre. Le habría dicho en esa conversación que el estado físico y mental de Richard Nixon era en estos momentos muy grave y «no podría sobrevivir» si era acusado ante los tribunales. Las noticias que llegan de San Clemente, donde está Nixon, parecen coincidir con que padece un estado de depresión muy grave, incluso se pronuncia con insistencia la palabra «suicidio». Los términos de la declaración con que Nixon aceptó el indulto eran patéticas: «No hay palabras para describir la profundidad de mi arrepentimiento y de mi pena ante la angustia que mis faltas en el asunto del Watergate han infligido a la nación... Un pesado fardo que llevaré durante todos los días que me queden de vida...». Pero no eran tan apasionadas y sentimentales estas declaraciones como para no hurtar continuamente cualquier declaración de culpabilidad. Errores, sí, pero no delitos. «Sé que son muy numerosos aquellos que crearán sinceramente que mis motivos y mis actos en el caso del Watergate eran intencionadamente egoístas e ilegales. Comprendo ahora cómo mis propias faltas, mis propios errores de juicio, han contribuido a esa convicción y parecen sostenerla...». Frase de zorro hábil que acepta el perdón por una apariencia de delito, pero no por ningún delito en sí... Quizá su remordimiento no sea tan grande y, en efecto, su depresión provenga de maldecirse a sí mismo por no haber sabido deshacer una simple manobra política. Por otra parte, no todas las noticias de San Clemente son depresivas. El agente literario de Nixon estuvo con él todo un fin de semana, y el lunes 9, al salir de la casa, declaró que había encontrado a Nixon «bronceado y en muy buena forma». Había ido a pactar con él la redacción de sus memorias por dos millones de dólares...

QUIZA, dicen otros en Washington, no haya sido solamente la compasión por el viejo amigo y jefe —Ford fue un fiel seguidor de Nixon— y por su familia, por la que tiene tanto afecto, lo que haya movido al Presidente a firmar el indulto, sino una decisión calculada de su partido. Los republicanos calculan que van a ser víctimas en las elecciones de noviembre —renovación de la Cámara, del Senado y de algunos puestos de gobernador— de una marea contraria, como consecuencia del Watergate y aumentada posiblemente por la decisión del indulto. Cuentan con ello. Pero el procesamiento y posible condena de Nixon se extenderían durante mucho tiempo. Según el texto del documento de indulto, «se estima que el proceso de Richard Nixon, si fuese necesario, no podría razonablemente comenzar antes de un año o quizá más». En ese caso se aproximaría muy peligrosamente a la fecha de las elecciones presidenciales de 1976. Serían esas elecciones entonces las que estarían comprometidas. Y el partido republicano prefiere perder las elecciones de noviembre, que tiene pérdidas de antemano, que las de 1976, en las que presentaría a Ford y Rockefeller: la Presidencia es una presa mucho más importante... Y calcula que de aquí a entonces la opinión pública habrá olvidado el indulto a Nixon y el asunto del Watergate; a condición de que en estos dos años Ford haga salir al país de la inflación, mantenga una política exterior satisfactoria y recupere la pérdida de peso político que ha experimentado en estos días. ■



GRECIA

EL REGRESO DE PAPANDREU

Apenas ha puesto los pies de nuevo en Grecia, tras siete años de exilio, Andreas Papandreu ha comenzado su ofensiva política. En su primera conferencia de prensa ha anunciado la creación del Movimiento Socialista Panhelénico, como continuación del Movimiento de Liberación Panhelénico (PAK), que estuvo actuando en la clandestinidad y en el exilio durante los años del fascismo. El Movimiento debe ser una respuesta de la izquierda a la situación, frente a la de Karamanlis, que es la respuesta de derecha; aunque uno y otro deseen mostrarse como centristas.

Karamanlis y Papandreu deben centrar la política griega en cuanto se normalice: una oposición clásica derecha-izquierda, a cargo de dos políticos con carisma. El de Karamanlis, por sus propias actuaciones gubernamentales; el de Papandreu, por su actitud en los días previos al golpe de Estado y por herencia de su padre, el venerable Jorge Papandreu, cuyo entierro fue una manifestación democrática, bajo la dictadura, de más de quinientas mil personas. Ambos han estado en el exilio de París, y se dice que los dos han tomado ciertas formas políticas francesas: Karamanlis habría recogido mucho del General De Gaulle y bastante de Giscard, y a Papandreu se le llama ya el Mitterrand de Grecia, porque su movimiento está abierto a un pacto con los comunistas (partido que, por otra parte, pretende legalizar Karamanlis). Sin embargo, durante los siete años de París no se entrevistaron jamás, aunque Papandreu lo intentó alguna vez.

Para Papandreu, «el poder real reside en las manos de las mismas fuerzas que han oprimido a Grecia durante los pasados siete años». La política de Karamanlis, al iniciar la semirretirada de Grecia de la OTAN y de apertura en el interior hasta el reconocimiento de la legalidad del partido comunista, le parece sistema

de fachada. Su oposición a la NATO y a los Estados Unidos es mucho más radical. La economía griega está «infiltrada y erosionada» por los Estados Unidos, y las compañías occidentales multinacionales, aliadas con el capital del interior. La OTAN ha servido para transformar a Grecia «en una guardia nuclear avanzada del Pentágono»; no basta con retirar las fuerzas militares de la OTAN, sino que debe romperse también la alianza política. La actual crisis de Chipre no debe servir de pretexto para aplazar la verdadera democratización de Grecia: no es motivo para aplazar las elecciones y la formación, por tanto, de un congreso emanado del pueblo, ni tampoco debe servir de retraso para examinar las responsabilidades y los actos abusivos cometidos en los siete años de dictadura, y menos aún para rehabilitar totalmente a los que fueron víctimas de ese período.

El resumen de su programa político se encierra en una frase: «Grecia para los griegos, el ejército para la nación y el poder para el pueblo».

Sin embargo, la fuerza de los militares sigue siendo muy importante, y su negativa personal a dejar gobernar a Papandreu parece con mucho peso. Efectivamente, el gobierno de Karamanlis es un compromiso; probablemente, el viejo político derechista querría ir más lejos en el camino de la democratización de lo que puede. Teme que en cualquier momento pueda haber una intervención militar.

Para Papandreu ese peligro ya no existe. La Junta ha demostrado su incapacidad de gobernar durante siete años, y ha tenido una caída propia, porque se reconocía a sí misma como incapaz para resolver los problemas del país. El pueblo ahora ha tomado definitivamente el poder, y Karamanlis no hace más que retrasarlo en beneficio de una derecha capitalista que no ha aprendido nada en los años del fascismo...